

IMPERIALISMO EN EL SIGLO XXI

John Smith*

Resumen: La globalización de la producción y su traslado hacia países de bajos salarios es la transformación más significativa de la era neoliberal. Su fuerza motriz es el esfuerzo de las empresas en Europa, Norteamérica y Japón para recortar costos e incrementar sus ganancias, reemplazando la fuerza de trabajo doméstica relativamente bien pagada por fuerza de trabajo extranjera más barata. Las diferencias salariales globales, en gran medida como resultado de la supresión de la libre circulación del trabajo, proporcionan un reflejo distorsionado de las divergencias globales en la tasa de explotación (simplemente, la disimilitud entre el valor generado por los trabajadores y lo que se les paga) de la que dependen cada vez más las ganancias, la prosperidad y la paz social en Europa, Norteamérica y Japón. Así, la globalización neoliberal debe ser reconocida como una nueva etapa imperialista del desarrollo capitalista, donde el «imperialismo» se define por su esencia económica: la explotación del trabajo del Sur por los capitalistas del Norte.

Palabras clave: imperialismo, neocolonialismo, teoría del valor, marxismo, explotación.

* Maestro de Economía Política Internacional en Kingston University, Reino Unido. Correo-e: johnsmith@btinternet.com. Este trabajo fue publicado en inglés como Imperialism in the 21st Century. *Monthly Review*, 67(3), pp. 82-97. Traducido por Mateo Crossa Niell, doctorante en el Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

IMPERIALISM IN THE 21ST CENTURY

Abstract: The globalization of production and its spread to low-income countries is the most notable transformation of the neoliberal era. Its driving force is the efforts by companies in Europe, North America and Japan to cut costs and raise profits, replacing relatively well-paid domestic labor for cheaper foreign labor. The gap in global wages, in great part the result of the suppression of the free movement of labor, provides a distorted view of the global differences in the rate of exploitation (simply, the difference between the value generated by the workers and what they are paid) upon which profits, prosperity and social peace in Europe, North America and Japan are ever-more reliant. Thus, neoliberal globalization should be seen as a new imperialist stage in capitalist development, where «imperialism» is defined by its economic foundation: the exploitation of labor in the South by capitalists from the North.

Keywords: imperialism, neocolonialism, value theory, marxism, exploitation.

Introducción

La globalización de la producción y su transferencia a países de bajos salarios es la transformación más significativa y dinámica de la era neoliberal. Su motivación fundamental reside en lo que los economistas denominan «arbitraje laboral mundial»: estrategias de empresas de Europa, Norteamérica y Japón para reducir costos y aumentar ganancias al reemplazar fuerza de trabajo doméstica de elevado costo por fuerza de trabajo extranjera barata, a través de la emigración de la producción mediante el *outsourcing* (subcontratación) o la inmigración de trabajadores. La reducción de tarifas arancelarias y remoción de barreras al flujo de capitales ha incentivado la migración de la producción a países de bajos salarios, mientras que la militarización de fronteras y el aumento de la xenofobia se han incrementado contra los trabajadores de estos países —lo que no implica su eliminación pero sí su reducción y creciente condición de vulnerabilidad como ciudadanos de segunda clase. El resultado es que las mercancías, las fábricas y sus dueños cruzan libremente la frontera entre Estados Unidos y México o los muros de la fortaleza Europa; sin embargo, las personas que trabajan en ellas no tienen derecho a cruzar. Esta es la parodia de la globalización, un mundo sin fronteras para todo y todos menos para los trabajadores.

Derivada de la contención del libre movimiento del trabajo, la diferencia mundial de los salarios produce un reflejo distorsionado a nivel mundial entre el valor generado por los trabajadores y su salario, es decir, las diferencias mundiales de tasas de explotación. La transferencia de la producción hacia el Sur del mundo ha significado que la ganancia de las empresas con sede en Europa, Norteamérica y Japón, así como el valor de los activos financieros derivados de esa ganancia y la calidad de vida de los ciudadanos de esos países se hayan convertido en muy dependientes de altas tasas de explotación de trabajadores en los llamados «países emergentes». Por tanto, el neoliberalismo debe ser reconocido como una

nueva fase imperialista de desarrollo del capitalismo, entendiendo el «imperialismo» por su esencia económica: la explotación del trabajo vivo en países del Sur del mundo por los capitalistas del Norte mundial.

En la primera parte de este artículo se presentan los resultados de un análisis empírico sobre la transferencia mundial de la producción hacia países de bajos salarios (*low-wage nations*) e identifica la motivación principal de ese fenómeno: la superexplotación.¹ La segunda parte busca explicar lo anterior en términos de la teoría de valor de Marx, en principio mediante la recuperación del debate de los años 1960 y 1970 entre la teoría de la dependencia y sus críticos de la «ortodoxia» marxista; en seguida, analizando la teoría del imperialismo de Lenin, y finalmente haciendo una relectura crítica de *El capital* de Marx.

Globalización e imperialismo

La globalización de la producción y los productores

La globalización de la producción se refleja en una enorme expansión de poder y alcance de las corporaciones transnacionales, la mayoría de ellas en propiedad de capitalistas residentes de países imperialistas. Según estimaciones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) «alrededor de 80 por ciento del comercio mundial (...) está vinculado con la red de producción internacional de empresas transnacionales» (UNCTAD, 2013: 135), ya sea como inversión extranjera directa (IED)(*in-house*) o como una relación formalmente independiente entre la empresa líder y sus proveedores («*arm's-length*»).

¹ Para efectos de este artículo, superexplotación se entiende como la tasa de explotación más alta que el promedio global; la superexplotación se lleva a cabo con mayor frecuencia en países de salarios bajos.

Conocida como *outsourcing* (subcontratación), la industrialización orientada a la exportación es la única opción capitalista para los países pobres que no cuentan con abundancia de recursos naturales. La participación de los «países en desarrollo» en la exportación mundial de manufacturas aumentó alrededor de 5 por ciento en el periodo preglobalización a 30 por ciento al comienzo del siglo (véase gráfica 1), mientras que la participación de bienes manufacturados en las exportaciones de los países del Sur se triplicó en apenas 10 años y su estabilización ocurrió a inicios de los 1990 con más de 60 por ciento.

Gráfica 1. Participación de países en desarrollo en las exportaciones de bienes manufacturados

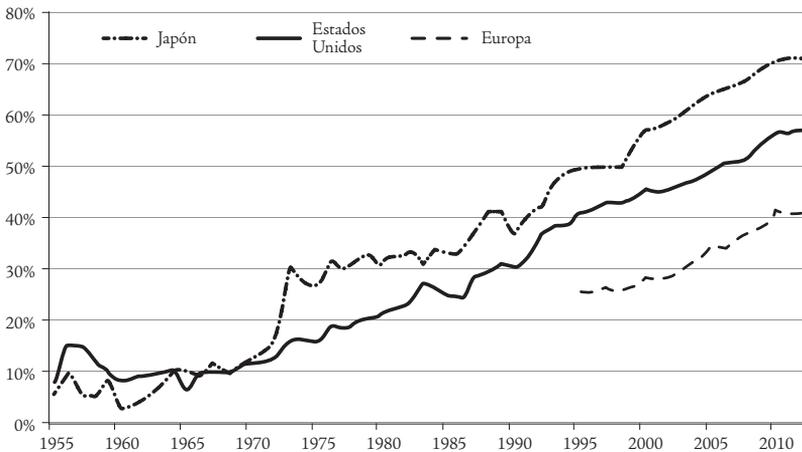


Fuente: UNCTAD *Statistical Handbook*.
 Recuperado de <http://unctadstat.unctad.org>

La gráfica 2 muestra esta dramática transformación desde la perspectiva de los países imperialistas. En 1970, apenas 10 por ciento de las

importaciones manufactureras provenían de lo que se conocía como países del «tercer mundo»; a comienzos del siglo XXI, esta cifra, como parte de un total que de por sí ha crecido de manera significativa, se había quintuplicado.²

Gráfica 2. Participación de los países en desarrollo en las importaciones de bienes manufacturados de los países desarrollados



Fuente: UNCTAD «Handbook of Statistics — Archive: Network of Exports by Region and Commodity Group— Historical Series». Recuperado de <http://unctadstat.unctad.org>

Un ejemplo evidente de esta tendencia es la industria de autos estadounidense. En 1995, Estados Unidos importaba de Canadá cuatro veces más valor agregado vinculado con la industria de automóviles que de México; en 2005 esta diferencia se había reducido a 10 por ciento, y en 2009 México era la fuente de 48 por ciento más valor agregado que

² El registro para Europa se ha generado restando las importaciones al interior de la Unión Europea (UE) fabricadas a partir del total, comienza en 1995 porque los datos sólo son continuos desde la ampliación de la UE ese año.

Canadá.³ La relocalización de procesos productivos a países de bajos salarios ha sido tan importante para empresas europeas y japonesas como para sus rivales en Norteamérica. Un estudio del comercio Estados Unidos-China concluyó que «la posibilidad de transferir la producción intensiva en uso de la fuerza de trabajo y actividades de ensamble a China le da una oportunidad a nuestras propias empresas de sobrevivir y crecer en un ambiente cada vez más competitivo» (Van Assche, Hong and Sloomakers, 2008: 15), mientras que «las empresas japonesas de electrónica han florecido en los mercados estadounidenses porque han mudado sus líneas de ensamble a China» (*The Economist*, 2007).

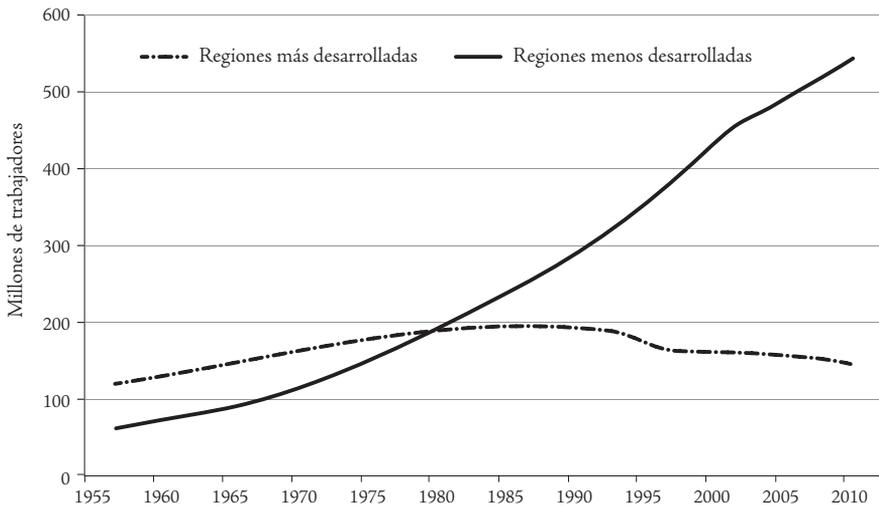
El resultado es una estructura peculiar de comercio internacional donde empresas de países del Norte compiten con otras empresas de países del Norte y su éxito se asocia con la habilidad para cortar costos a través de la transferencia de producción (*outsourcing*), mientras que empresas en países de bajos salarios compiten agudamente a fin de ejercer la misma «ventaja comparativa», sabiendo del exceso de trabajadores desempleados desesperados por trabajar. Sin embargo, empresas de países del Norte no compiten con empresas de países del Sur.⁴ Este hecho, que comúnmente pasa inadvertido, ocurre de manera visible entre empresas matrices (*parent companies*) y las subsidiarias (relación representada por la IED), pero no es tan visible cuando se trata de una relación *arms-length* (extensión de sus brazos): por ejemplo, entre Primark y sus proveedores en Bangladesh o General Motors y las empresas mexicanas que le proveen partes o componentes. La relación es complementaria, no competitiva, aun siendo altamente desigual. Existen excepciones importantes; en efecto, dicha estructura peculiar está fracturada por contradicciones, la tendencia es clara: hay rivalidad Norte-Norte y una descarnada

³ Datos tomados de OECD, Trade in Value Added. Recuperado de <http://stats.oecd.org>. Las bases de datos reportan el valor neto de exportaciones sobre insumos importados.

⁴ Para comprobar esto, véase Hausmann *et al.* (2011).

competencia Sur-Sur que alcanza las proporciones de una «carrera hacia el abismo» (*race-to-the-bottom*), pero generalmente hay ausencia de competencia directa entre empresas de Norte contra empresas del Sur. De modo paralelo, los trabajadores se enfrentan en una competencia mundial generada por la división global de salarios, la represión salarial y una acelerada disminución de la participación del trabajo en el producto interno bruto (PIB) en todos los países.

Gráfica 3. Fuerza de trabajo industrial mundial



Fuente: datos de 1995 a 2008 fueron obtenidos en LABORSTA, <http://laborsta.ilo.org> y Key Indicators of the Labour Market (KILM), edición 5 y 6, <http://ilo.org>. El primero brinda los números correspondientes al total de la población económicamente activa, el segundo las proporciones sectoriales para calcular el número de trabajadores de la industria. Los datos de 2010 se obtuvieron por extrapolación y los de 1950-1990 son de ILO, «Population and Economically Active Population». Las categorías de regiones «más» o «menos» desarrolladas se aproximan a las nociones de «desarrollados» y «en vías de desarrollo», respectivamente.

La globalización de la producción ha transformado no sólo la producción de mercancías sino también las relaciones sociales, especialmente las que definen al capitalismo: la relación *capital-trabajo* que, cada vez más, es una relación entre el capital del Norte y el trabajo del Sur. El enorme crecimiento de la fuerza de trabajo industrial de «países en desarrollo» se muestra en la gráfica 3, ahí se revela que en 2010 79 por ciento (541 millones) de la fuerza de trabajo industrial mundial vivía en «regiones menos desarrolladas», porcentaje que creció significativamente en comparación con 34 por ciento en 1950 y 53 por ciento en 1980; el contraste también es revelador frente a los 154 millones de trabajadores industriales (21 por ciento) que en 2010 vivía en países imperialistas.

No obstante, con cierta excepción de China, que es un caso especial por la política del «hijo único», el rápido crecimiento extraordinario y la transición incompleta del socialismo al capitalismo, ninguna otra economía del Sur ha crecido al ritmo necesario para generar empleos para los millones de jóvenes que entran al mercado laboral y los millones que emigran de zonas pobres rurales.

*«Arbitraje laboral mundial»: motor clave
en la globalización de la producción*

Por medio del destierro de cientos de millones de trabajadores y campesinos en los países del Sur del mundo, de la desvinculación con la tierra y el trabajo en industrias nacionales protegidas, el neoliberalismo ha acelerado la expansión de una vasta reserva de trabajadores superexplotables. La restricción a la movilidad laboral ha estado relacionada con el crecimiento exponencial de esta reserva que, como resultado, genera una dramática ampliación en la desigualdad salarial mundial. De acuerdo con investigadores del Banco Mundial (BM), «excede cualquier otra forma de brecha de precios inducida por diferencias fronterizas en un

orden de magnitud o más» (Clemens, Montenegro y Pritchett, 2008: 33). La pendiente salarial cada vez más profunda proporciona a los capitalistas de países del Norte dos maneras distintas de incrementar ganancias: emigración de la producción hacia países de salarios bajos o inmigración de trabajadores de esos países. El Fondo Monetario Internacional (FMI) estableció esta conexión con precisión: «Se puede acceder a la reserva mundial de trabajo mediante importaciones e inmigración», observando que «el comercio es el canal más importante y creciente debido, en gran parte, a que la inmigración permanece muy restringida en muchos países» (FMI, 2007: 180).

Lo que el FMI llama «acceder a la reserva mundial de trabajo» ha sido nombrado por otros como «arbitraje laboral mundial» y su característica principal, según Stephen Roach, es la sustitución de «trabajadores con altos salarios y calidad similar aquí por trabajadores con salarios bajos en el extranjero» (Roach, 2004). Roach, entonces jefe de operaciones de Morgan Stanley en Asia, argumentó que «una confluencia única y poderosa de tres grandes tendencias está conduciendo el arbitraje global». Tal es el caso de la «maduración de plataformas extranjeras de producción subcontratada (*offshore outsourcing*) (...), la conectividad cibernética (*E-based connectivity*) (...) [y] el control de costos» (Roach, 2003: 6). De éstos, el «control de costos», entendido como bajos salarios, es «el catalizador que trae el arbitraje laboral a la vida». Ampliando su argumento, Roach explica que

en una era de exceso de oferta, las empresas, como nunca antes, carecen de influencia sobre los precios. Por tal razón las empresas deben ser implacables en su búsqueda de nuevas eficiencias y el primer enfoque de dicho esfuerzo es el trabajo que representa la mayor parte de los costos de producción en el mundo desarrollado (...) Consecuentemente, la subcontratación (*outsourcing*) en el extranjero que extrae producto de una mano de

obra barata en el mundo en desarrollo se ha convertido en una creciente táctica de sobrevivencia para empresas en economías desarrolladas (Roach, 2003, énfasis mío).

Esta descripción de la globalización neoliberal es mucho más enriquecedora que la de los tecnócratas del FMI. No obstante, podríamos preguntarnos por qué Roach se refiere a «extraer producto» en vez de «extraer valor», después de todo los capitalistas no se interesan en el producto del trabajo sino en su valor. Sospechamos que la respuesta «extraer valor» hubiera hecho aún más explícito que la fuerza de trabajo barata crea más riqueza de lo que recibe en forma de salario, es decir, es explotada (noción herética para un economista del *mainstream*). La observación de Roach genera la siguiente interrogante: ¿cómo hacen las empresas de «economías desarrolladas» para «extraer producto» de trabajadores de Bangladesh, China u otra parte? La única contribución notoria que tales trabajadores hacen al beneficio económico de empresas en «economías desarrolladas» es el flujo de ganancias repatriado de la IED, aunque no se puede trazar un centavo de las ganancias de H&M o General Motors que le llegue a los proveedores independientes en Bangladesh o México; en contraposición, toda la ganancia aparece como valor agregado generado por su propia actividad.

Dicho misterio, inexplicable para la teoría económica del *mainstream* —y por tanto ignorado—, únicamente puede ser resuelto al redefinir «valor agregado» por «valor capturado»; en otras palabras, el «valor agregado» de una empresa no representa el valor que ha producido sino una porción del total de valor de una economía que logra capturar mediante el intercambio, incluido el valor extraído del trabajo vivo en países lejanos. No sólo hay diferencia entre el valor capturado y el valor creado, en contraste con la indistinción entre ambos que mantiene la teoría del *mainstream*, sino que no existe correlación entre ellos —por ejemplo, los

bancos no generan valor pero capturan una gran cantidad. Como el PIB de un país no es otra cosa que la suma del valor agregado de sus empresas, las estadísticas del PIB siempre minimizan la contribución real de países del Sur del mundo en la participación de riqueza global, mientras que exageran aquella de los países «desarrollados». De esta manera ocultan la relación cada vez más parasitaria, explotadora e imperialista entre ellas. A esto le llamo la ilusión del PIB (Smith, 2012).

Teorías de la explotación

La teoría de la dependencia y sus críticos

El primer y último intento por desarrollar una teoría del imperialismo basada en la teoría del valor de Marx fue el debate sobre la dependencia en los 1960 y 1970. Inspiraron el desarrollo de la teoría de la dependencia, que pretendía explicar la continuidad de la explotación y dominio imperialista tras el desmantelamiento de los imperios territoriales. Las luchas anticoloniales y antiimperialistas que recorrieron África, Asia y América Latina en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial.

La teoría de la dependencia abarcó a un amplio espectro de pensadores, desde socialdemócratas y pensamiento nacionalista-burgués como Arghiri Emmanuel y Fernando Henrique Cardoso (después convertido en presidente neoliberal de Brasil), quienes deseaban remover los obstáculos al desarrollo de un capitalismo independiente en los países del Sur, hasta marxistas como Samir Amin y Ruy Mauro Marini, que argumentaban con fundamento en diferentes perspectivas que el capitalismo, intrínsecamente imperialista, es en sí mismo el obstáculo. En esta vertiente también resaltan los casos de Fidel Castro y el Che Guevara, los cuales fueron más allá de la crítica teórica y dirigieron un

movimiento revolucionario contra el imperialismo y sus lacayos nacionales. Lo que esta formación diversa de reformistas y revolucionarios tenía en común era, en primer lugar, un reconocimiento de que el «intercambio desigual» entre países desarrollados imperialistas y países del «tercer mundo» (la Unión Soviética y sus aliados eran el «segundo mundo») genera una transferencia de riqueza a gran escala de los segundos a los primeros. En segundo lugar, que la creciente y significativa diferenciación salarial y condiciones de vida de los trabajadores entre países imperialistas y países dominados refleja una divergencia internacional extensa en la tasa de explotación.

La explicación de que la lucha por el socialismo se había movido de lugar, al menos temporalmente, de centros imperialistas a naciones sometidas, desencadenó resistencias del marxismo «ortodoxo» en Europa y Norteamérica con la tesis de que la riqueza extraída de países periféricos era un tema de escasa importancia; se negaba incluso que la fuerza de trabajo y los campesinos eran explotados con mayor intensidad en el Sur que en el Norte. En un intercambio con Amin en 1979, John Weeks y Elizabeth Dore insistían que «al haber una mayor productividad laboral en países de capitalismo desarrollado, deja de ser obvio que un alto nivel de vida de trabajadores en dichos países implique que el valor de cambio de las mercancías que componen ese nivel de vida también sean altos» (Weeks y Dore, 1979: 71). Charles Bettelheim fue menos discreto al afirmar, en su crítica al *Intercambio desigual* de Emmanuel, que «entre más se desarrollan las fuerzas productivas, mayor es la explotación del proletariado» (Bettelheim, 1972: 302). Del mismo modo, Nigel Harris sostenía que «cuanto mayor sea la productividad del trabajo, mayor será el ingreso pagado al trabajador (ya que el costo de su reproducción es mayor) y mayor será su explotación, es decir, mayor será la proporción de la producción de trabajadores apropiada por el empleador» (Harris, 1986: 119-120).

La teoría de la dependencia creció y declinó en el periodo anterior a la era neoliberal, un momento en el que los «países en desarrollo» exportaban materias primas e importaban bienes manufacturados. En ese tiempo, la globalización no había florecido, aunque ya existían algunos de sus indicios, como el rápido crecimiento de una industria orientada a la exportación en Corea del Sur y Taiwan en los 1970 que en parte explican por qué, como dijo Gary Howe, «la teoría de la dependencia comenzó a entrar en aprietos», pues estos primeros casos de despegue industrial parecían desmentir su insistencia de que la dominación imperialista bloqueaba el desarrollo industrial en el Sur (Howe, 1981: 88).

A pesar de ello, la teoría de la dependencia sigue siendo un punto de referencia esencial como parte de los esfuerzos por desarrollar una teoría contemporánea del imperialismo. Las transformaciones de la era neoliberal han socavado fatalmente las tesis euro-marxistas. No se discute con seriedad que el giro global de la producción a países de salarios bajos posee una importancia secundaria, por lo que el euro-marxismo ha ignorado este tema de forma general y deja el estudio de cadenas globales de valor y redes de producción a científicos sociales burgueses. Asimismo, su argumento de que la alta productividad en el Norte significa que los altos salarios están correlacionados con la mayor tasa de explotación puede ser negado por una sencilla razón: los bienes consumidos por trabajadores en el Norte son producidos cada vez más por mano de obra barata del Sur. Es la productividad y salarios de esta última lo que determina sustancialmente los niveles de consumo y la tasa de explotación en países imperialistas.

No obstante lo anterior, las posturas euro-marxistas continúan vigentes hasta ahora. En opinión de Alex Callinicos, la teoría de la dependencia «comete el error crítico de no tomar en cuenta el significado de los niveles altos de productividad en economías avanzadas» (Callinicos, 2009: 179-80), mientras que Joseph Choonara cree que «es una idea falsa

que trabajadores en países como India o China son más explotados que aquellos de países como Estados Unidos o Gran Bretaña» (Choonara, 2009: 34).

Las tasas de explotación extremas en las fábricas de Bangladesh, en las líneas de producción en China y en las minas de platina de Sudáfrica son hechos palpables y directamente observables, que a diario experimentan en carne propia miles de millones de trabajadores en países de salarios bajos. Friedrich Engels adujo que «el comunismo no es una doctrina, sino un movimiento; no procede de principios, sino de hechos. Los comunistas no parten de tal o cual filosofía, sino de todo el curso de la historia anterior y particularmente de los resultados reales» (Engels, 1975: 303). La gran diferencia mundial en las tasas de explotación, el enorme desplazamiento global de la producción a donde esta tasa es más alta y el tremendo desplazamiento de la clase obrera industrial hacia el Sur, son los grandes hechos de los que debemos proceder. Se trata de las transformaciones más relevantes de la era neoliberal y, por tanto, trascendentales para entender la dinámica y naturaleza de la crisis global. En vez de utilizar los comentarios de Marx sobre la producción en el siglo XIX con la finalidad de negar la realidad de la superexplotación en el siglo XXI —y el orden imperialista que sobre ella reposa—, debe probarse la teoría de Marx a la luz de los recientes hechos. Emplear y desarrollar críticamente su teoría para entender esta última etapa en el desarrollo del capitalismo imperialista.

Lenin y el imperialismo

La violación sistemática de la igualdad entre proletarios derivada de la desigualdad sistemática entre naciones era la preocupación central de Lenin, quien aseguró que «la división de las naciones en opresoras y oprimidas, [es] un hecho esencial, fundamental e inevitable bajo el imperialismo» (Lenin, 1915: 407). *Imperialismo fase superior del capitalismo*,

obra que Lenin escribe en medio de la Primera Guerra Mundial, fue una guía para la acción, un intento por poner al descubierto las razones de la derrota de los partidos socialistas de masas en vísperas de la guerra mundial, por mostrar que la guerra en sí misma no era una aberración o accidente y por demostrar la necesidad objetiva de una revolución social mundial y una transición al modo de producción comunista. Lenin identificó características esenciales de la fase imperialista del capitalismo, evidentes desde su nacimiento, en particular la concentración de riqueza y el crecimiento del capital financiero, la opresión y depredación de naciones débiles y la proliferación del militarismo. No pudo haber analizado la generación de valor en procesos de producción globalizado porque ésta se desarrolló en una etapa del capitalismo posterior a la que él caracterizó. El resultado se refleja en una desconexión, que persiste hasta la actualidad, entre la teoría del imperialismo de Lenin y la teoría del valor de Marx, y reconectarlas es una tarea considerable. Aquí se tiene espacio únicamente para una breve nota sobre dos rasgos que Lenin consideraba fundamentales en la fase imperialista del capitalismo: el *monopolio* y la *exportación de capital*.⁵

Los marxistas en países imperialistas comúnmente ignoran la centralidad que Lenin adjudica a la economía y a la política en la división mundial entre países opresores y países oprimidos. En cambio, se centran en la idea sobre las tensiones interimperialistas y refrendan la idea de que «el imperialismo, por su esencia económica, es el capitalismo monopolista» (Lenin, 1916: 266). Se utiliza la noción de monopolio de forma un tanto confusa por parte del pensamiento burgués y de la literatura marxista para describir un fenómeno relacionado con la producción, distribución, lealtad de marca, finanzas, concentración de capital, poder

⁵ La exportación de capital se compone de tres formas: IED, inversión de cartera (en acciones y valores financieros que, a diferencia de la IED, no dan al inversor una influencia controladora), y los préstamos.

político y militar, etcétera. La mayoría se refiere a la distribución de valor, pero no a su producción. Una teoría del valor del imperialismo debe distinguir entre los dos, y además reconocer que la fuente de las ganancias imperialistas no se encuentra en cualquier forma de monopolio, por más importante que resulte ser la participación de una empresa monopólica en generar estas condiciones, sino en la superexplotación, lo que conduce de nuevo al tema de la opresión de las naciones.

En *Imperialismo...*, Lenin aclaraba que «la exportación del capital, una de las bases económicas más esenciales del imperialismo, imprime un sello de parasitismo a todo el país que vive de la explotación del trabajo de varios países y colonias» (Lenin, 1916: 77). Ello se asemeja al capitalismo global contemporáneo, donde las empresas transnacionales imperialistas comparten el botín de las ganancias generadas por la superexplotación con una miríada de proveedores de servicios y con el Estado, quien se lleva la mayor tajada. No obstante, existe un problema al intentar aplicar el análisis severo de Lenin a la actualidad. Empresas como Apple y H&M no exportan capital a Bangladesh o China; sus iPhone y ropa son producidos por proceso de producción «*arms-length*».

El enigma puede ser resuelto si el análisis se centra en la esencia de la materia, no en su forma (siendo *la exportación de capital* una forma). Lenin afirmaba que los imperialistas estaban obligados a exportar parte de su capital para explotar fuerza de trabajo foránea, ya que su riqueza acumulada alcanza tal proporción que la gigantesca masa de plusvalor requerida para convertir su riqueza en capital supera de lejos el plusvalor que puede ser extraído de la fuerza de trabajo en sus países. De acuerdo con Andy Higginbottom, la exportación de capital se encuentra íntimamente relacionada con la opresión de la nación: «La exportación de capital significa que debe haber un nuevo tipo de relación entre capital y trabajo, entre capitales del Norte y trabajo del Sur. Es decir, la exportación de relaciones capital-trabajo bajo los términos de opresión»

(Higginbottom, 2011: 268).⁶ Lo nuevo es que la evolución del capitalismo, especialmente desde 1980, ha otorgado a las empresas transnacionales formas de capturar plusvalía extraída de los trabajadores en los países de bajos salarios sin tener que «exportar» su capital a dichos países.

A fin de concluir esta breve discusión en torno a las contribuciones de Lenin a la teoría del imperialismo, la tarea pendiente es la de concebir un concepto que una su «esencia económica» (capital monopólico) y su esencia política (la división del mundo entre naciones opresoras y naciones oprimidas). Ambas deben ser enunciadas en términos de la ley del valor desarrollada por Marx en *El Capital*. Ese sería el camino para lograr lo que Higginbottom ha llamado una nueva síntesis de la teoría del valor de Marx y la teoría del imperialismo de Lenin. Es necesario entonces regresar medio siglo para realizar una conexión segura con el gran trabajo de Marx.

El Capital de Marx y la teoría del imperialismo

Los críticos marxistas de la teoría de la dependencia se denominaron «ortodoxos» porque basaban su rechazo a las nociones de superexplotación e intercambio desigual en una lectura superficial de *El Capital* que parecía darles la razón. Marx dedica un breve capítulo del libro a la «diversidad nacional de los salarios», ahí concluye que a pesar de que los trabajadores de Inglaterra reciben salarios más altos que en Rusia o Alemania, pueden estar sujetos a una mayor tasa de explotación: «Encontraremos a menudo que el jornal, el salario semanal, etcétera, es más alto en la primera nación que en la segunda, mientras que el precio relativo del trabajo, esto es, el precio del trabajo en proporción tanto al plusvalor

⁶ El redescubrimiento de esta tercer forma de plusvalor es un gran avance hecho por Andy Higginbottom en *The Third Form of Surplus Value Increase* (27-29 de noviembre, 2009), artículo escrito en la conferencia de Materialismo Histórico, Londres.

como al valor del producto, en la segunda nación es más alto que en la primera» (Marx, 1976: 702). Este es justo el argumento utilizado por Weeks, Dore, Choonara y otros; aun así, existen tres razones por las cuales no se aplica a la relación contemporánea Norte-Sur.

Cada una de las naciones referidas por Marx para realizar sus comparaciones (Inglaterra, Alemania y Rusia) eran naciones rivales y opresoras, cada una ocupada en adquirir imperios coloniales para sí. En el presente, las naciones formalmente independientes del Sur global no pueden ser consideradas sólo como naciones capitalistas «menos desarrolladas», similares a Rusia o Alemania del siglo XIX. Después, el comercio entre países imperialistas y países «en desarrollo» de finales del siglo XX es cualitativamente diferente al comercio de finales de siglo XIX entre Inglaterra, Alemania y Rusia. En aquel entonces cada trabajador consumía la producción local y cada capitalista consumía la fuerza de trabajo doméstica. Esto fue una época anterior a las «cadenas de valor» por subcontratación, *outourcing*, etcétera. Luego, el ejemplo de Marx asume que los capitalistas en países como Alemania e Inglaterra compiten en la producción de bienes parecidos, pero, como se menciona con anterioridad, este no es el caso contemporáneo de comercio entre el Norte y el Sur. La importancia de este punto se abordará más adelante.

El Capital de Marx tuvo la tarea de comprender la forma capitalista de la relación de valor con el objeto de descubrir el origen y la naturaleza de la plusvalía, mientras que la tarea que tenemos ante nosotros es la de comprender teóricamente la etapa actual del desarrollo del imperialismo. El nivel de abstracción manejado por Marx se hace evidente en su postura:

Aunque la nivelación de los salarios y de las jornadas de trabajo, y por consiguiente la tasa del plusvalor, entre diversas esferas de la producción o, más aún, entre diferentes inversiones de capital en la misma esfera de la producción, resulte estorbada por muchas clases de obstáculos locales, se

lleva a cabo no obstante, cada vez más, con el progreso de la producción capitalista y la subordinación de todas las condiciones económicas a ese modo de producción (Marx, 1991: 241-42).

Marx trató la divergencia de salarios como resultado de factores temporales o contingentes que, con la movilización incesante de capital y trabajo, irían desapareciendo con el paso del tiempo. Por lo tanto, los excluye del análisis: «Por muy importante que sea el estudio de esta clase de fricciones salariales para cada trabajo en especial, puede desatendérselas no obstante en lo que tiene que ver con la investigación general de la producción capitalista, por ser casuales e irrelevantes» (Marx, 1991: 242).

Es notorio que tal nivel de abstracción es inadecuado para nuestra empresa. En el mundo de hoy terriblemente dividido, la premisa de la igualdad entre los trabajadores asumidos por Marx está profundamente violada y no puede ser desdeñosamente atribuible a «obstáculos locales».

La tercera forma para el incremento del plusvalor

En el primer tomo del *El Capital*, Marx analizó con detenimiento dos formas utilizadas por los capitalistas para elevar la tasa de explotación: el aumento de la jornada laboral que implica aumento de «plusvalía absoluta» y la reducción del tiempo de trabajo necesario a través del incremento de la productividad de trabajadores productores de bienes de consumo, es decir, aumento de la «plusvalía relativa». Se refiere a una tercera en varias partes: la plusvalía también puede extenderse al «deprimir el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo», pero agrega que «a pesar del importante papel que ejecuta este procedimiento en el movimiento real del salario, impide su consideración aquí el supuesto de que las mercancías, y por tanto también la fuerza de trabajo, se compran y venden a su valor pleno» (Marx, 1976: 430-31).

Deprimir el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo» se menciona de nuevo dos capítulos después en la discusión sobre las consecuencias para el trabajador, cuando «la máquina sólo se apodera gradualmente de todo el campo de producción» con el resultado de que «parte de la clase trabajadora (...) población superflua (...) colme el mercado de trabajo y por tanto abata el precio de la fuerza de trabajo a menos de su valor (Marx, 1976: 557).

La relevancia contemporánea de esta tesis no necesita mayor explicación. Una inmensa parte de la clase trabajadora en el Sur global se ha convertido en «población superflua» por la incapacidad de los métodos de producción modernos para absorber suficiente mano de obra y evitar el aumento del desempleo. Esto, por sí solo, incluso antes de que se incorporen al análisis los regímenes laborales más bruscos que prevalecen en los países de bajos salarios, ejerce una fuerza que hace que se «abata el precio de la fuerza de trabajo a menos de su valor». En el tercer tomo del *El Capital*, mientras se discuten los mecanismos que contrarrestan la caída de la tasa de ganancia, Marx hace otra referencia a esa tercera forma de incrementar la plusvalía. Uno de estos mecanismos contrarrestantes, «la reducción del salario por debajo del valor», es aludida en dos frases cortas de la siguiente manera: «En realidad al igual que no pocas otras cosas que cabría citar aquí, nada tiene que ver con el análisis general del capital, correspondiendo su tratamiento a la exposición sobre la competencia que no se efectúa en esta obra. Sin embargo, es una de las causas más importantes de contención de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia» (Marx, 1991: 342).

Marx no solamente deja a un lado la reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo, sino que se mueve en un nivel de abstracción que, si bien requiere para desarrollar su «análisis general del capital», debe ser tomado con mesura a fin de examinar la etapa actual del desarrollo capitalista. «La diferencia entre las tasas del plusvalor en diferentes

países, y por ende entre los grados nacionales de explotación del trabajo, es irrelevante para la presente investigación. Pues lo que se pretende en esta sección es la manera como se establece una tasa general de ganancia dentro de un país» (Marx, 1991: 242).

Lo anterior es lo que debe constituir el punto de partida para una teoría contemporánea del imperialismo. La mundialización de la producción motivada por el arbitraje salarial no corresponde al plusvalor absoluto. Las largas horas son endémicas en países con salarios bajos, pero la duración de la jornada laboral no es la atracción principal de las empresas de *outsourcing*. Tampoco corresponde a la plusvalía relativa. El trabajo necesario no está siendo reducido por la aplicación de nuevas tecnologías. El *outsourcing* es comúnmente visto como una alternativa a la inversión en nuevas tecnologías. A lo que sí corresponde es a la superexplotación. En palabras de Higginbottom, «la superexplotación es (...) la esencia escondida del imperialismo (...) No porque la clase trabajadora del Sur produce menos valor, sino porque es más oprimida y más explotada» (Higginbottom, 2011: 284).

Conclusión

El análisis de la realidad de la globalización neoliberal revela que el arbitraje laboral mundial generado por un mayor grado de explotación prevaeciente en países con salarios bajos es su motivación principal. Con base en la revisión de *El Capital* de Marx, se descubrió que esto corresponde a la tercera forma de aumento de plusvalía, cuya relevancia fue destacada por Marx, pero excluida de su teoría general. Aquí reside la única posibilidad sólida para un renacimiento del marxismo en escala global. Este hallazgo permite ver el lugar que tiene la era neoliberal en la historia. En los *Grundrisse*, Marx comenta:

En tanto el capital es débil, se apoya en las muletas de modos de producción perimidos o que caducan con la aparición de aquel. No bien se siente fuerte arroja las muletas y se desplaza con arreglo a sus propias leyes. Tan pronto como comienza a sentirse asimismo como barrera al desarrollo, recurre a formas que, aunque parecen dar los últimos toques al dominio del capital moderando la libre competencia, al mismo tiempo anuncia la disolución de aquél y del modo de producción en él fundado (Marx, 1973: 651).⁷

Esta aseveración es muy parecida a la de Lenin cuando afirma que

el capitalismo se convirtió en capitalismo imperialista únicamente en una etapa definida y bastante adelantada de su propio desarrollo, cuando ciertos rasgos fundamentales comenzaron a cambiar hacia sus opuestos, cuando los rasgos de la época de transición del capitalismo a un sistema social y económico más adelantado habían tomado forma y se habían revelado en todas las esferas (Lenin, 1916: 265).

El surgimiento del capitalismo reposó sobre las formas más bárbaras de «acumulación primitiva»: tráfico de millones de esclavos africanos, saqueo colonial y tráfico de opio. Cuando el capitalismo alcanzó su etapa adulta y tomó el control total sobre el proceso de producción, la competencia floreció y las leyes internas del capital se desarrollaron plenamente. Por último, en su época de decadencia, para su sobrevivencia el capitalismo se basa cada vez más en modos distantes a la libre competencia, como el monopolio, la creciente intervención del Estado en cualquier aspecto de la vida económica, la «acumulación por desposesión», el imperialismo; lo anterior a costa de distorsionar las leyes de su funcionamiento y erigir barreras a la expansión de fuerzas productivas. ¿De qué

⁷ Agradezco a Walter Daum por señalar la relevancia de este pasaje.

manera se relaciona dicha cronología con las tres formas de incremento de plusvalía discutidas en el artículo?

En el capitalismo incipiente, el aumento de la plusvalía absoluta por medio de la extensión de las jornadas de trabajo más allá de los límites físicos fue una tendencia marcada. Una vez que el capital tomó el control sobre el proceso de producción, la plusvalía relativa generada por los avances tecnológicos necesarios para reducir el tiempo requerido en la producción de bienes de consumo se convirtió en el procedimiento preponderante, aunque en todo momento dependiera de la persistencia de formas más brutales y arcaicas de dominación, concretamente en naciones sometidas. En la era neoliberal, la forma cada vez más sobresaliente de la relación capital-trabajo es el arbitraje laboral mundial, es decir, un medio de apropiación mediante el cual, a través de la opresión de naciones, el capitalismo es capaz de forzar el valor de la fuerza de trabajo a la baja en los «países emergentes». Ésta constituye la tercera forma de aumento de la plusvalía que en la actualidad predomina en la configuración de la relación capital-trabajo. El proletariado en países semicoloniales es su primera víctima, pero las grandes masas de personas que trabajan en los países imperialistas también se enfrentan a la miseria. La superexplotación extensiva de un proletariado joven y femenino en países con salarios bajos rescató al capitalismo del abismo en el que se encontraba inmerso en los 1970. Ahora, junto con los trabajadores de países imperialistas, su misión es cavar otro agujero que se convierta en la tumba para enterrar el capitalismo y con ello asegurar el futuro de la civilización humana.

Referencias

Bettelheim, C. (1972). Some Theoretical Comments. In *Unequal Exchange: A Study in the Imperialism of Trade*. London: NLB, pp. 271-322.

- Callinicos, A. (2009). *Imperialism and Global Political Economy*. Cambridge: Polity Press.
- Choonara, J. (2009). *Unravelling Capitalism*. London: Bookmarks Publications.
- Clemens, M., Montenegro, C. & Pritchett, L. (2008). *The Place Premium: Wage Differences for Identical Workers across the US Border* (Policy Research Working Paper 4671). New York: World Bank.
- Economist, The (January 18, 2007). The Great Unbundling. *The Economist*.
- Engels, F. (1981). The Communists and Karl Heinzen». En *Marx & Engels Collected Works* (vol. 6). New York: International Publishers.
- Fondo Monetario Internacional (2007). *World Economic Outlook, April 2007*. Washington, DC: Autor.
- Harris, N. (1986). Theories of Unequal Exchange. *International Socialism*, 2(33), pp. 119-120.
- Hausmann, R. et al. (2011). *The Atlas of Economic Complexity-Mapping Paths to Prosperity*. New Hampshire: Puritan Press.
- Higginbottom, A. (2009). *The Third Form of Surplus Value Increase* (paper presented at Historical Materialism Conference). Recuperado de https://www.academia.edu/11418979/Third_form_of_extraction_surplus_value
- Higginbottom, A. (2011). The System of Accumulation in South Africa: Theories of Imperialism and Capital. *Économies et Sociétés*, 45(2), pp. 261-288.
- Howe, G. (1981). Dependency Theory, Imperialism, and the Production of Surplus Value on a World Scale. *Latin American Perspectives*, 8(3-4), pp. 82-102.
- Lenin, V.I. (1964). The Revolutionary Proletariat and the Right of Nations to Self-Determination. In *Marx & Engels Collected Works* (vol. 21). Moscow: Progress Publishers.
- Lenin, V.I. (1973). Imperialism, the Highest Stage of Capitalism. In *Marx & Engels Collected Works* (vol. 22). Moscow: Progress Publishers.
- Marx, K. (s/f). *Grundrisse*. London: Penguin.
- Marx, K. (2011). *El Capital* (vol. 1). London: Penguin.

- Marx, K. (2012). *El Capital* (vol. 3). London: Penguin.
- Roach, S. (2003). *Outsourcing, Protectionism, and the Global Labor Arbitrage*. New York: Morgan Stanley.
- Roach, S. (july 22, 2004). More Jobs, Worse Work. *New York Times*.
- Smith, J. (july-august 2012). The GDP Illusion. *Monthly Review*, 64(3), pp. 86-102.
- Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (2013). *World Investment Report 2013*. Geneva: Autor.
- Van Assche, A., Hong, C. & Sloomackers, V. (s/f). *China's International Competitiveness: Reassessing the Evidence*. Leuven: LICOS. Recuperado de <http://www.econ.kuleuven.be/licos/publications/dp/dp205.pdf>
- Weeks, J. and Dore, E. (1979). International Exchange and the Causes of Backwardness. *Latin American Perspectives*, 6(2), pp. 62-87.